



LLAMADA  
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

# NEUMATOLOGÍA

EXPONE

• Esteban Beitze •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



## Clase 2

### II. La obra del Espíritu Santo

1. Antes de la conversión
  - a. Convencimiento de pecado, justicia y juicio
2. En la conversión
  - a. La regeneración
  - b. La recepción
  - c. El bautismo del Espíritu Santo
  - d. El sello del Espíritu Santo
  - e. La adopción del Espíritu Santo
  - f. La morada del Espíritu Santo
  - g. La unción del Espíritu Santo
3. Después de la conversión
  - a. Revestidos de poder
  - b. La enseñanza del Espíritu Santo
  - c. La guía del Espíritu Santo
  - d. El consuelo del Espíritu Santo
  - e. La paz del Espíritu Santo
  - f. La intercesión del Espíritu Santo



## II. La obra del Espíritu Santo

### 1. Antes de la conversión

#### a. Convencimiento de pecado, justicia y juicio

Juan 16:8 dice: “... y cuando Él [el Espíritu Santo] viniere redargüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio”. Esta es parte de la promesa que el Señor Jesús hace a sus discípulos cuando fueron invadidos por la angustia de que su maestro no estaría más con ellos. La cruz estaba cerca y luego de resucitar se alzaría hasta los cielos. Hasta ese momento, Jesús había tenido compasión por sus enfermedades, los había defendido ante los ataques de los sacerdotes y los había guiado por el camino correcto. Jesús los había tratado como amigos a quienes poco a poco revelaba sus secretos. Les había abierto el entendimiento y la comprensión de las Escrituras y les había revelado la naturaleza del reino de Dios. Contrario a lo que uno podría esperar, Jesús se hizo sirvientes de todos ellos y lavó sus pies como el último de los esclavos. Era entendible que así se sintieran; el solo pensar que se separaría de ellos resultaba un golpe duro.

A esto sumemos las consecuencias de su partida: “Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho” (Jn. 16:1-4).

No podemos extrañarnos de que la tristeza haya llenado sus corazones: “Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón” (v. 6).

Sin embargo era necesario que Jesús terminara la obra que el Padre le había encomendado y que ascendiera a los cielos para que el Espíritu Santo viniera a ellos: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (v. 7).

¿Cuál era el propósito de la venida del Espíritu de Dios: convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio (v. 8). Esta promesa se cumplió el día del Pentecostés, cuando el Espíritu Santo vino a ellos como un viento recio, en la predicación de Pedro, cuando tres mil personas se arrepintieron y en el resto de la historia de la iglesia, de la cual somos parte activa.

Donde quiera que veamos una verdadera convicción de pecado y una verdadera conversión, el Espíritu Santo está sin duda obrando.



La palabra “convencer” implica un convencimiento racional. Así como Jesús convenció a la mujer Samaritana de su pecado: “*Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad*” (Jn. 4:16-18) o a Saulo en el camino a Damasco: “... y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? 5 Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón” (Hch. 9: 4-5), el Espíritu Santo utiliza este mismo método para tratar con los pecadores.

El Consolador no solo convence a los hombres de sus pecado, sino también de la insuficiencia de sus obras para alcanzar la salvación. Su misión es mostrar que no podemos ser justificados por las obras de la ley ni establecer nuestra propia medida de justicia. El Espíritu Santo viene a apartarnos de nuestra incredulidad, el peor de los pecados: “... de pecado porque no creyeron en mí” (v. 9).

Cuando el Espíritu Santo llega a la persona, lo convence de pecado, por cuanto esta no creyó en Cristo. Todos creemos en Cristo tras haber sido convencidos por el Espíritu Santo de nuestro pecado y de la insuficiencia de nuestras obras. Somos salvos al entender nuestra incapacidad para salvarnos por nuestros propios medios, reconociendo la obra de Jesucristo como el único camino al Padre. Es allí donde entendemos el significado de la fe.

En este sentido, juntamente con el convencimiento de pecado, llega el consuelo del Consolador: que la luz vence a la oscuridad y que podemos hallar en Cristo la luz para nuestra alma.

Dicho de otra manera, el Espíritu Santo nos convence del pecado de la incredulidad. Este es el único pecado que Cristo no puede expiar. El pecado de la incredulidad no puede ser perdonado, pues rechaza aquello por el cual le es otorgado el perdón.

Y respecto a la justicia, ¿de qué justicia convence el Espíritu Santo al mundo?

La obra expiatoria de Cristo se selló con su resurrección. Con ello venció a la muerte y nos hizo libres del yugo del pecado. Aquellos que creen en Cristo son convencidos de su justificación, es decir, que Jesucristo pagó por sus pecados para hacerlos inocentes, dicho de otra manera, que Dios no vea en ellos su iniquidad, sino la preciosa sangre de Cristo.

El hombre solo puede alcanzar la justicia en la persona de Cristo revelada por el Espíritu Santo. Los hombres buscan formas de justificarse a sí mismos ante Dios. Por un lado, el Espíritu Santo convence al pecador de su falsa justicia y, por otro, lo guía hacia la verdadera justicia en Cristo.

Con respecto a la justicia, existen dos interpretaciones. Podemos afirmar que era necesario que Jesús ascendiera a los cielos para interceder por nosotros delante del Padre y completar así nuestra justificación: “... de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más”, o entenderse como el rol del Espíritu Santo de mostrar a Cristo como el Mesías justo, con un carácter moral perfecto y por



completo dependiente de la voluntad del Padre. De las dos opciones, la primera parece estar más asociado al proceso de salvación. Debemos reconocer que Jesucristo es el final de la ley por la justicia (la perfecta justificación) para todo el que cree en él. El único salvavidas de esperanza al cual el pecador puede sujetarse. Por lo tanto, el Espíritu Santo convence de pecado para luego ofrecer la justificación en Cristo, dando la esperanza que la consciencia de pecado ha robado al pecador.

Este precisamente es el rol de consolador del Espíritu de Dios, convencer a nuestras almas de la justicia de Cristo. Podríamos decir que el Espíritu Santo te hace ver que te hundes en la arena movediza para que puedas aferrarte a Cristo, el único salvavidas capaz de salvarte.

Además, el Espíritu Santo convence al mundo de juicio: *“... y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”* (Jn. 16:11).

El mundo tiene un mal criterio acerca del juicio de Dios, por lo que el Espíritu Santo debe enseñar al hombre que comparecerá finalmente ante Dios, por lo que ningún pecador que no haya sido justificado por la sangre de Cristo estará impune al juicio divino. Dios no es indiferente a nuestro pecado: *“Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio; y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos; y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impíamente, y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados (porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos), sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio”* (2 P. 2:4-9).

La garantía de que este juicio se llevará a cabo es que Satanás ya ha sido juzgado: *“Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera”* (Jn. 12:31). Precisamente, el pecador es hijo de Satanás y merecedor de su mismo destino.

Por lo tanto, Convencer de justicia y de juicio es mostrar ambos lados de la moneda. La justicia en Cristo te libera del juicio de Dios. Rechazar esta justicia te condena al mismo destino de Satanás: la perdición eterna: *“Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”* (Col. 2:13-15).

Podemos decir entonces que el Espíritu Santo convence al mundo de que el sacrificio de Cristo ha derrotado a Satanás, asegurándole su completa y eterna derrota.





En síntesis, podemos descansar en el hecho de que, más allá del crecimiento del pecado en este mundo y el aumento de la maldad, el Espíritu Santo sigue convenciendo de pecado, justicia y juicio a todo pecador. Esta es la razón por la cual no debemos dejar de predicar el evangelio de Cristo a todos quienes aún no han creído en él.

## 2. En la conversión

### a. La regeneración

La regeneración es una de las doctrinas más importantes con relación a la salvación. La palabra “regeneración” se encuentra tan solo dos veces en la Biblia: en Mateo 19:28, donde se hace referencia a la renovación de la tierra en el reino milenial, por lo que no es aplicable a la salvación en Cristo; y Tito 3:5 donde se aclara lo siguiente: *“No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”*. Por lo tanto, podemos leer en el pasaje de Tito la palabra “regeneración” como una nueva vida, un nuevo nacimiento, una resurrección espiritual, una nueva creación o, dicho de una manera más abarcativa, la nueva vida sobrenatural que reciben los hijos de Dios. Podríamos decir que se trata del origen de la vida eterna, el cual se introduce en el creyente en Cristo en el momento de su fe, cuando cambia su estado de muerte espiritual por la vida en Cristo.

La regeneración es una obra de Dios: *“Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de varón [...] Le respondió Jesús: —De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le preguntó: —¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer? Respondió Jesús: —De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: ‘Os es necesario nacer de nuevo’ [...] Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida”* (Jn. 1:13, 3:3-7, 5:21); *“... ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia”* (Ro. 6:13); *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas”* (2 Co. 5:17); *“... aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos) [...] pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas [...] y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”* (Ef. 2:5, 10, 4:24); *“... nos salvó, no por*



*obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tit. 3:5); “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Stgo. 1:18); “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 P. 2:9).*

En muchos pasajes se le compara a la resurrección espiritual (Juan 5:21; Romanos 6:13; Efesios 2:5) o a la creación, por cuanto es un acto creativo de Dios (2 Corintios 5:17; Efesios 2:10; 4:24). Tanto el Padre, el Hijo como el Espíritu Santo están involucrados en la regeneración del creyente. Santiago 1:17-18 habla de la regeneración que brinda el Padre; Juan 5:21, 2 Corintios 5:18 y 1 Juan 5:12 hablan de la regeneración que brinda el Hijo; y en Juan 3:3-7 y Tito 3:5, el Regenerador es el Espíritu Santo.

El concepto central de la regeneración es que, un creyente el cual en un principio estaba muerto espiritualmente, ahora ha recibido la vida eterna. La Biblia describe este hecho de tres maneras.

En primer lugar, con la idea de “nacer de nuevo” o “renacer”, como dijo Cristo a Nicodemo: “*Os es necesario nacer de nuevo*”.

En segundo lugar, utiliza la figura de la resurrección espiritual, cuando se menciona al creyente como vivo entre los muertos, como dice Romanos 6:13: “*... ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia*” o Efesios 2:5: “*... aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo*” (de manera literal: “nos hizo vivos junto con Cristo”).

En tercer y último lugar, usa la figura de la nueva creación, donde el creyente es llamado a vestirse “*... del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*” (Ef. 4:24), o como dice 2 Corintios 5:17: “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*”.

Las tres figuras hablan de una vida nueva, la cual se recibe por medio de la fe en Jesucristo.

Esta regeneración no es una obra del hombre ni es algo que la iglesia puede ordenar, como el bautismo en agua, sino que se trata de un acto sobrenatural y divino que responde a la fe del creyente. La regeneración no tiene que ver con la experiencia posterior a la salvación, sino que es instantánea e inseparable de esta. Es decir que la experiencia posterior es una evidencia de la regeneración y no la regeneración misma. Es tan solo la vivencia de los resultados del nuevo nacimiento.

Sin embargo, podemos evidenciar algunas características. La nueva naturaleza del creyente puede experimentar un cambio drástico en su vida, pues ha tomado la forma de otra naturaleza con cualidades divinas, anhelando las cosas de Dios. Da una nueva dirección a la vida y cambia la voluntad del creyente que ahora lucha por alcanzar la voluntad del Señor.



Otra vez, aunque la regeneración no es en sí misma una experiencia, da al creyente la capacidad para experimentar las experiencias resultantes de ella: “... *habiendo yo sido ciego, ahora veo*” (Jn. 9:25); “... *estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo...*” (Ef. 2:5); “... *aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*” (1 P. 2:9).

## **b. La recepción**

En el pasado, el Espíritu Santo estaba reservado, de manera pasajera, a algunas personas concretas y en momentos determinados, dándoles poder para una tarea específica. Sin embargo, a partir del Pentecostés, con el nacimiento del cristianismo, este hecho se transformó en una posibilidad abierta para todos aquellos que aceptan el perdón de Jesús en sus vidas, reconociendo sus pecados, como puede evidenciarse en el discurso de Pedro en Hechos 2:38: “... *Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo*”. Por lo tanto, la recepción del Espíritu Santo se concreta en todo aquel que se arrepiente y se vuelve a Jesús, con el fin de hallar el completo perdón por sus pecados. De esa manera, el Espíritu Santo se manifestará de manera posterior en aquellos que han reconocido a Jesús como la única fuente de salvación. La evidencia clara de tener el Espíritu Santo es vivir en semejanza a Cristo, algo simbolizado a través del bautismo. ¡Nada más es necesario!

Pablo rechazó rotundamente que la recepción del Espíritu Santo esté conectada con rituales o con algún tipo de práctica, sino tan solo la fe en Jesús: “*¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado? Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne? ¿Tantas cosas habéis padecido en vano? si es que realmente fue en vano. Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?*” (Gá. 3:2-5). La recepción del Espíritu Santo está ligada tan solo a la fe.

Crear en Jesús y volverse a Él es la clave para la manifestación del Espíritu Santo. Todo lo que esté por fuera de esa experiencia concreta carece de importancia en lo que respecta a la recepción.

## **c. El bautismo del Espíritu Santo**

“*En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado [...]. Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados [...]. [Y dijo*





Juan:] *Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero él que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego*". (Mt. 3:1-2, 5-6, 11); *"Yo a la verdad os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo"* (Mc. 1:8); *"... Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego"* (Lc. 3:16); *"... ese es el que bautiza con el Espíritu Santo"* (Jn. 1:33).

Juan el Bautista predicó el arrepentimiento de los pecados, invitándolos a prepararse para la venida del Mesías. El bautismo de Juan en el río Jordán era una señal de arrepentimiento. La palabra "bautismo" significa 'sumergir'. Esto es precisamente lo que sucede cuando alguien es bautizado en agua: es completamente sumergido, simbolizando un completo compromiso y sumisión.

Juan dijo que Jesús bautizaría con el Espíritu Santo. En primer lugar, debemos entender que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Trinidad, por lo tanto, es Dios. Juan dio a entender que Jesús nos sumergiría completamente en el Espíritu Santo, es decir, que nuestro compromiso y sumisión sería con Dios mismo.

El bautismo del Espíritu Santo es mencionado al comienzo de los cuatro evangelios, por lo que debemos prestarle una atención especial como doctrina neotestamentaria.

Observemos lo dicho por Jesús a sus discípulos en Lucas 24:46-49: *"Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto"*. La misión de Jesús era que se predique en su nombre la salvación a todas las naciones, comenzando en Jerusalén. Sin embargo, no era posible sin antes haber recibido el poder divino que Jesús prometió enviarles. ¡Este es el bautismo en el Espíritu Santo! No es posible hacer la obra de Dios con nuestras fuerzas: *"No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos"* (Zac. 4:6). Por lo tanto, es con el Espíritu de Dios que podemos producir buen fruto espiritual.

Todo lo que tienes que hacer para ser bautizado por el Espíritu Santo es recibir por fe Su regalo, y entonces serás lleno con el poder que necesitas para servir a Dios.

Existen dos experiencias que podemos vivir cuando recibimos al Espíritu Santo por medio de la fe en Jesucristo: la morada del Espíritu y el poder para la obra de Dios. El Espíritu Santo nos convierte en hijos de Dios y nos hace siervos capacitados por el poder de Dios. Ministra a nuestras necesidades y nos ayuda a ministrar las necesidades de otros: *"Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros"* (Jn. 14:15-17).



El Espíritu Santo es el mismo Espíritu de Dios que vive en nosotros cuando nacemos de nuevo y nos bautiza con su poder para ser testigos. Cambia nuestra naturaleza, de carnal a espiritual, del yo a Cristo, concediéndonos manifestaciones sobrenaturales vinculadas al discernimiento, el poder y la predicación. El Espíritu en nosotros cambia nuestra naturaleza de hijos de hombres a hijos de Dios. Pasamos a ser siervos del Altísimo, manifestando el poder de Dios según nos dicta el Espíritu: *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas...”* (Jn. 14:26); *“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad...”* (Jn. 16:13); *“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios [...]. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”* (Ro. 8:14-16).

En todos estos pasajes podemos ver cómo el Espíritu Santo habita en nosotros para enseñarnos lo espiritual, para darnos discernimiento a la hora de tomar decisiones y para guiarnos a toda verdad.

Por otra parte, nos capacita para ser testigos de Cristo y siervos de Dios: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas...”* (Lc. 4:18); *“... pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos...”* (Hch. 1:8).

Lucas 3:21-23 dice: *“Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía, ‘Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia’. Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años...”*. El propio Jesús fue bautizado por el Espíritu Santo al comienzo de su ministerio. Esto resulta muy significativo. Si nuestro Señor hubiese utilizado su poder divino, viviendo como hombre, de seguro no nos representaría. Él debía ser en todo como nosotros para representarnos en la cruz y mostrarnos que es posible una vida de completa santidad delante del Padre. Por este motivo, Jesús dependió siempre de la voluntad del Padre y la dirección del Espíritu Santo. Cada sanidad, milagro o liberación fue realizado por el poder y guía del Espíritu Santo. Es por esto por lo que Jesús es nuestro modelo para ministrar: *“De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre”* (Jn. 14:12).

Podemos ver esta verdad en el siguiente pasaje: *“Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto [...]. Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos. Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año*



*agradable del Señor” (Lc. 4:1, 14-19).*

¿Cómo se recibe el bautismo en el Espíritu Santo? Pedro les dijo: *“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”* (Hch. 2:38-39). El primer y único requisito para recibir el bautismo en el Espíritu Santo es ser un cristiano en comunión con Dios.

En Hechos 10:24-48, el apóstol Pedro predicó el evangelio a Cornelio y a toda su casa. Ellos creyeron y, de manera inmediata, cayó el Espíritu Santo sobre ellos y los llenó a todos. Comenzaron a hablar en lenguas y a glorificar a Dios. No es necesario alcanzar un estado de madurez espiritual, ni ser bautizado en agua, pues la sangre de Cristo nos hace santos y aptos para ser bautizados por el Espíritu Santo. Hechos 2:38 dice que el Espíritu Santo es un don o regalo de Dios y, como tal, solo debemos recibirlo agradecidos.

#### **d. El sello del Espíritu Santo**

*“En el también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”* (Ef. 1:13).

Este versículo de la Biblia describe tanto el acto de creer en Jesucristo como la consecuencia de ser sellados con el Espíritu Santo de la promesa. Aquellos que se unen por la fe en Cristo tienen la garantía de ser sellados eternamente; una metáfora para indicar la confirmación de los creyentes de un trato diferencial. Esto es obra de Dios por medio de Su Santo Espíritu. Podemos notar que es el Espíritu Santo el que sella a manera de promesa, lo cual indica una seguridad en la santificación del creyente y una garantía de que se cumplirán las promesas divinas.

Este privilegio es consecuencia de haber creído en Cristo.

Las cartas se sellan para garantizar que llegue a su destino de manera segura. Por lo tanto, el sello es un símbolo de seguridad. En el caso de la salvación, el sello garantiza la obra de gracia mediante la fe en Jesús.

Los asuntos serios debían ser testificados al menos por dos personas: *“No prevalecerá un solo testigo contra alguna persona, por cualquier maldad o pecado que haya cometido. Por el testimonio de dos o tres testigos se decidirá un asunto”* (Dt. 19:15). En este sentido *“El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios”* (Ro. 8:16).

Solo el Espíritu Santo puede asegurarnos que somos hijos de Dios. Él es el Espíritu de verdad, y Su testimonio es verdadero: *“Tenemos también la palabra profética más segura”* (2 P. 1:19).



Cuando una persona es sellada, el Espíritu infunde en ella la práctica de la fe: la completa confianza en la Palabra de Dios y el amor a Jesucristo. Como pecadores, merecemos ser sellados para condenación, sin embargo, nuestro Dios misericordioso envía Su Espíritu para garantizar al creyente la gloria celestial. El sello del Espíritu Santo nos impulsa a seguir en el camino de Dios a pesar de las circunstancias, pues nuestra salvación está garantizada. Como dijo Pablo: *“Porque sabemos que si nuestra casa terrenal, esta tienda temporal, se deshace, tenemos un edificio de parte de Dios, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos”* (2 Co. 5:1-2). El apóstol dice “porque sabemos”, apuntando a la garantía de su futura morada.

### **e. La adopción del Espíritu Santo**

*“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios, pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción por el cual clamamos, ‘Abba Padre’. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios”* (Ro. 8:14-16).

Todos los miembros de la Trinidad son santos por naturaleza, esencia y sustancia. Sin embargo, el Espíritu Santo es el encargado de producir santidad en el creyente (santificación). Esa es su obra. Él impulsa al creyente a separarse del pecado. En el Nuevo Testamento diríamos que la obra del Espíritu Santo consiste en producir semejanza a Cristo. Esa es la razón por la que Él es llamado el Espíritu de Santidad, pues produce santidad en nosotros. El Espíritu Santo santifica al creyente por medio de las Escrituras.

Esta obra del Espíritu Santo es el propósito de Dios en la redención: formar un pueblo santo, semejante a Cristo. Consiste en hacernos cada vez más santos en esta vida.

El hombre fue creado a imagen de Dios. Génesis 1:26-27 cuenta cómo Dios hizo al hombre a su imagen, a su semejanza, con el propósito de ser glorificado. En el capítulo 3, el hombre desobedece a Dios y cae el propósito divino. La humanidad pecadora es incapaz de glorificarlo.

Este es precisamente el propósito del plan redentor, hacer que la humanidad recupere su capacidad de Glorificar a Dios revirtiendo la caída. Es necesario para esto un nuevo nacimiento, una nueva naturaleza: *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Co. 5:17). Esta es la obra del Espíritu Santo.

¿Cuán severa es la distorsión del hombre? Lo suficiente como para que la humanidad sea consumida por la eternidad. El plan de redención es rescatar a esas personas, restaurarlas y transformarlas, haciéndolas partícipes de la naturaleza divina.



¿Cuál es el propósito de la redención? Crear una humanidad como Cristo. Precisamente, es el Espíritu Santo quien nos hace como Él, justos y santos para la eternidad. La obra del Espíritu es la restauración de la imagen de Dios en el hombre.

Los milagros divinos de la regeneración y la glorificación son llevados a cabo por el Espíritu Santo. La meta del Espíritu Santo es producir hijos de Dios, con un parecido familiar con su Padre y su hermano Jesucristo.

El propósito de la muerte y resurrección de Cristo era expiar de manera suficiente al hombre, para enviar luego al Espíritu Santo, quien regenera, santifica y glorifica a aquellos que creen. Esto nos hace parte de la familia, nos hace parecidos al Padre y a nuestro hermano Jesucristo. Romanos 8 dice que el Espíritu Santo está llevando a cabo la obra de adopción. La relación de pacto con Dios nos hace miembros de la familia. Todo tiene que ver con parecernos a Él.

Juan Calvino dijo: “Este regalo de ser hechos hijos, es el privilegio más elevado de la redención y la obra primordial del Espíritu Santo”. Convertirse en un hijo de Dios es un privilegio muy elevado.

Para restaurar la imagen de Dios debemos renacer, es decir, experimentar un nuevo nacimiento en la familia de Dios.

En el siglo primero, los hijos que eran adoptados se consideraban legítimos. Un hijo adoptivo llevaba el nombre de la familia y tenía derechos sobre la heredad de su padre.

La adopción en Roma era un evento muy formal. La ley romana contaba con la *patria potesta*, es decir, el poder del padre, la cual garantizaba que el padre tendría absoluto poder sobre la familia, incluido el derecho a elegir el destino de sus hijos, al punto de decidir sobre sus vidas.

El hijo romano siempre estaba bajo el poder de su padre, sin importar su edad o condición civil. En el caso del hijo adoptado, pasaba de la patria potestad del antiguo padre al del nuevo. Este proceso era llamado *mancipatio*, de donde proviene la palabra “emancipación”. Se hacía una venta simbólica y se llevaba a cabo la ceremonia de *vindicatio*, donde el padre acudía al magistrado romano y hacía una transferencia legal de una familia a otra.

La persona adoptada perdía todos los derechos de su familia anterior y ganaba todos los de su nueva familia. Todo asunto con el pasado era cortado y las deudas eran clausuradas. Por otra parte, se convertía en heredero patrimonial de su nuevo padre. Era como si ese día hubiese nacido de nuevo.

Eso es exactamente lo que hizo Dios con nosotros al adoptarnos. Los derechos que teníamos con la familia anterior y la patria potestad de nuestro anterior padre, Satanás, han sido cancelados. Por otra parte, adquirimos todos los derechos de nuestra nueva familia y estamos sujetos a la voluntad de nuestro nuevo Padre. Somos herederos de Cristo, coherederos con Cristo de todo lo que el Padre posee. Nuestra antigua vida queda atrás y nuestra deuda es cancelada en la cruz.

Nos convertimos en hijos por adopción, pero también por la regeneración.





La adopción nos da el nombre, el título y los derechos, y la regeneración nos da la naturaleza de nuestra nueva familia. Dicho de otra manera, no solo somos hijos adoptivos, sino también partícipes de la naturaleza divina.

El Espíritu Santo demuestra la adopción guiándonos: *“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios”* (Ro. 8:14). Esta es la primera señal de que fuimos adoptados, que nuestras vidas son guiadas por el Espíritu Santo.

No obstante, ¿cómo nos guía? A través de las Escrituras: *“Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley”* (Sal. 119:18) y a través de la santificación, pues Dios nos da las herramientas para obedecer a Su Palabra: *“Enséñame a hacer tu voluntad”* (Sal. 143:10); *“Hazme ir por el camino de tus mandamientos”* (Sal. 119:35).

El Espíritu Santo nos permite además el acceso íntimo con Dios: *“... pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ‘¡Abba, Padre!’”* (Ro. 8:15).

En último lugar, la adopción del Espíritu Santo nos da certeza: *“El Espíritu Santo mismo, da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios”* (Ro. 8:16). Él testifica delante de nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, que pertenecemos a la familia de Dios. En el proceso de adopción romana debía contarse con siete testigos oculares de la transacción. Sin embargo, nos basta con el testimonio del Espíritu Santo para que nadie nos robe la herencia *“... incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros...”* (1 P. 1:4).

## **f. La morada del Espíritu Santo**

Pablo dice en 2 Corintios 1:22: *“... el cual también nos ha sellado y nos ha dado, como garantía, el Espíritu en nuestros corazones”*. También se refiere al Espíritu Santo en nuestros corazones en Romanos 5:5: *“... el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”*. Sin embargo, en Romanos 8:9, 11 el apóstol es más explícito, utilizando la frase *“... que está en vosotros”*, y finalmente lo expresa de manera directa en 1 Corintios 3:16: *“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”*, en Efesios 2:22: *“... en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”*, y 2 Timoteo 1:14: *“Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros”*.

La palabra griega para morar es *oikeo* que significa “fijar residencia en un lugar”. El morador es quien controla la morada. La morada del Espíritu en nosotros debería cambiarnos, al igual que cambiaría todo si Dios Padre o Jesucristo se mudara a nuestra casa para vivir en ella. Es muy probable que nos pongamos a limpiar a fondo, pues Dios es capaz de ver toda impureza.



Nosotros somos la casa donde mora el Espíritu Santo, por lo tanto, necesitamos vivir vidas santas.

Pablo no explica cómo se da este milagro, tan solo enseña que el Espíritu mora en nosotros, produciendo un cambio, llenándonos de confianza y determinación para seguir a Dios.

Puede decirse que lo que hace el Espíritu de Dios también lo hacen las otras dos personas de la Trinidad: *“Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios”* (1 Jn. 4:15); *“Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”* (Gá. 2:20), sin embargo, en general está asociado con el Espíritu Santo. Por ejemplo, en Juan 14 Jesús promete enviar al Espíritu de Dios, pero puede leerse en el versículo 23 que Dios y Cristo hacen su morada en los que guardan Su Palabra: *“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él”*. En Efesios 3:16-17, el apóstol Pablo ora para que Dios conceda a los efesios *“... el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros [sus] corazones...”*. Juan escribió en 1 Juan 3:24: *“Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado”*. Luego, en 1 Juan 4:12-13 dice: *“Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu”*.

El Espíritu Santo mora en nosotros, pero cada uno decide tratarlo como un buen huésped o como un intruso. Cuando insistimos en vivir a nuestro modo, desobedeciendo a Dios, tratamos al Espíritu como a un entrometido. Efesios 5:18 nos invita a actuar de la manera contraria: *“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu”*. En lugar de dejar que el alcohol, o cualquier otra cosa, nos controle, debemos ser controlados por el Espíritu.

George Bailey dijo: *“Amados, el propósito final del Espíritu al morar en ustedes es reproducir en los hombres la hermosura y la gloria de la personalidad de Cristo. Si ustedes desean tulipanes sobre la tierra, los bulbos deben importarse del cielo”*.

### **g. La unción del Espíritu Santo**

1 Juan 2:26-29 dice: *“Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él”*. ¿Es el concepto de unción en Juan el mismo que el del Antiguo Testamento? Para obtener la respuesta es necesario que veamos el contexto anterior. En el versículo 20 dice: *“Vosotros tenéis la unción de parte del Santo y conocéis todas las cosas”*.



La palabra griega para “unción” es  $\chi\rho\iota\sigma\mu\alpha$  [*chrisma*] ‘lo que se unta’, de donde proviene  $\chi\rho\iota\sigma\tau\acute{o}\varsigma$  [*Christos*] ‘el Ungido’ (refiriéndose a Cristo) y  $\chi\rho\iota\sigma\tau\iota\alpha\nu\acute{o}\varsigma$  [*Christianos*] ‘los untados’ (en referencia a los cristianos).

En el Antiguo Testamento se consagraba a las personas para el ministerio a través de la unción con aceite. Aunque en el pasaje de Juan podemos ver la consagración, se deja de lado el aceite, pues en el Nuevo Testamento esta sustancia se asociaba más con la práctica de untar con aceite al enfermo para sanidad. Por ejemplo, Marcos 6:13 dice: *“Y echaban fuera muchos demonios, y ungián con aceite a muchos enfermos, y los sanaban”*. Podemos ver lo mismo en Santiago 5:14-15: *“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados”*.

De todas formas, podemos ver en 1 Juan la asociación del aceite con la recepción del Espíritu. En el Antiguo Testamento, la unción de los reyes y los profetas estaba muy vinculada con la venida del Espíritu sobre ellos. En 1 Samuel 16:13 dice: *“Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David. Se levantó luego Samuel, y se volvió a Ramá”*. Mientras que en Isaías 61:1 dice: *“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel”*.

Podemos afirmar que Jesús fue en su bautismo ungió con el Espíritu (Hechos 10:37, 38; Hechos 4:27; Hebreos 1:9). El propio Jesús lo afirma al citar el pasaje de Isaías en Lucas 4:18: *“El Espíritu del SEÑOR Dios está sobre mí, porque me ha ungió el SEÑOR”*. También podemos ver esta verdad en Hechos 4:27: *“Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungió, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel...”*; Hechos 10:37-38: *“Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”*; y Hebreos 1:9: *“Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros”*.

Jesús no fue ungió con aceite, sino con el Espíritu que descendió sobre Él en su bautismo.

De esta manera también son ungió los cristianos, con el Espíritu Santo: *“Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones”* (2 Co. 1:21-22).



La gramática nos da a entender que se trata de un evento único e irrepetible y no varios. El libro de Hechos relaciona la recepción del Espíritu con el comienzo de la vida cristiana (Hechos 3:19; 8:15-17; 10:44-48; 19:5-6).

Según 1 Juan 2:27 la unción de Dios permanece en nosotros para enseñarnos la verdad y, según Juan 14:26, Jesús aseguró a sus discípulos que el Espíritu Santo nos enseñaría todas las cosas. Por lo tanto, la unción es entonces el Espíritu Santo, del cual Dios nos ha mandado a estar llenos (Efesios 5.18).

Juan advierte acerca de los falsos maestros, y enseña a la iglesia a identificar la verdad en el Espíritu Santo. A diferencia de estos hombres que perturbaban la Palabra, la iglesia tenían la Verdad misma en su interior. Es en este sentido que Juan dice que no hay necesidad de una enseñanza suplementaria. En definitiva, el Espíritu Santo los guiaría a la verdad. Juan no está separando la Palabra de Dios del Espíritu de Dios, sino que enseña que es el Espíritu Santo quien nos ayuda a discernir la Palabra. Lo humano sigue siendo importante, siempre y cuando se cuente con el Espíritu divino. Es importante que entendamos que el Espíritu Santo es en definitiva quien nos guiará a toda verdad a través de la Palabra de Dios.

### 3. Después de la conversión

#### a. Revestidos de poder

*Efesios 3:14-21 dice: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo (de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra), para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén”.*

Dios brinda un poder especial para los desafíos que enfrentamos a la hora de testificar de la salvación en Cristo. Lucas 24:48: dice: *“Vosotros sois testigos de estas cosas. Ciertamente, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto”.* El poder celestial es esencial para la expansión del evangelio en todas partes del mundo. Como dice Hechos 1:8: *“Y recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo; y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”.*





Este poder se experimenta en la llenura del Espíritu Santo, una capacidad divina que comenzó en los tiempos de la iglesia primitiva, con el fin de predicar el evangelio en medio de la adversidad. En Efesios 3:16, 19 y 21, Pablo ora para que “... conforme a las riquezas de su gloria os dé el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu [...] [,] llenos de toda la plenitud de Dios [...] por el poder que actúa en nosotros, [Dios] es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”. Dicho de otro modo, los creyentes tenemos disponible un poder proveniente del Espíritu que nos ayuda a alcanzar mucho más de lo que seríamos capaces por nuestras fuerzas.

Existen algunas maneras de buscar el poder del Espíritu Santo. Una de ellas es profundizar en la Palabra de Dios. Hechos 1:8 y Lucas 24:48-52 enseñan que se nos da poder con el fin de que brindemos un testimonio efectivo, es decir, para predicar de buena manera la Biblia. Por lo tanto, de nada sirve este poder sin el conocimiento de la Palabra. El Espíritu Santo no puede blandir una espada desafilada. Efesios 6:17 dice que debemos vestirnos con toda la armadura de Dios. Esto incluye “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”.

El apóstol Juan enseñaba a los jóvenes a utilizar la Palabra para vencer al mal: “Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno” (1 Jn. 2:14). Para obtener la victoria debemos guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones y practicarla (Hebreos 4:12 y Jeremías 23:29).

Sin embargo, no solo alcanza con estudiar la Palabra de Dios, sino que además debemos creer en ella, es decir, debemos tener fe. Gálatas 3:5 dice: “El que os da el Espíritu y hace milagros entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?”. Por supuesto, la respuesta es “por el oír con fe”. Pero ¿qué debemos oír? La palabra de Dios. Nuestra creencia en la Palabra de Dios es el medio que el Espíritu Santo utiliza para hacer milagros en nuestras vidas.

Romanos 15:13 dice: “Que el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo”. Las palabras “en el creer” son fundamentales en este pasaje. La consecuencia de creer en Dios y en Su Palabra es ser llenos de gozo y paz, sin embargo, esto es posible tan solo en el poder del Espíritu Santo, el cual a su vez actúa según nuestra fe.

Por lo tanto, una forma de buscar el poder del Espíritu es sumergirse en la Palabra de Dios y creer en ella.

Otra forma es por medio de la oración. Hechos 1:13 dice de los discípulos, poco antes del Pentecostés: “Todos estos unánimemente se entregaron a la oración”. También podemos verlo en Hechos 4:24-31 cuando oraban unánimes, confiados en el poder de Dios. En Efesios 3:14-21, Pablo ora que los efesios sean fortalecidos con poder por medio del Espíritu y llenos de toda la plenitud divina. Podemos, sin duda, pedir a Dios el poder de Su Espíritu.





## b. La enseñanza del Espíritu Santo

El Espíritu Santo abre el entendimiento de aquellos que han nacido de nuevo, con el fin de que puedan comprender el evangelio. Pablo compartió el evangelio a una mujer llamada Lidia. Hechos 16:14 nos revela cómo ella pudo comprender el evangelio de Cristo: *“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía”*.

Sin el Espíritu Santo no somos capaces de entender los asuntos espirituales. Pablo dice en 1 Corintios 2:14: *“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son una locura; y tampoco las puede entender, porque tienen que discernirse espiritualmente”*.

Es el Espíritu Santo de Dios quien abre nuestro entendimiento.

Sin duda, este es un gran maestro de la Palabra de Dios y un excelente guía para una vida santa. Podemos vivir una vida de aprendizaje con Él, para la gloria de Dios y nuestro provecho.

Este maestro ha inspirado fielmente las Escrituras a hombres imperfectos durante miles de años. Jesús dijo en Juan 14:26: *“Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho”*. Él desea revelarnos las profundidades y sabiduría de Dios, y guiarnos para ser buenos siervos del Señor Jesucristo. Pablo escribe en 1 Corintios 2:10: *“Ahora bien, Dios nos ha revelado esto por medio de su Espíritu, pues el Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios”*. Él nos revela los planes de Dios y nos enseña a discernirlos de la sabiduría de este mundo.

Debemos estar dispuestos a someter nuestro entendimiento al Espíritu Santo y vivir a la luz de su enseñanza. El Espíritu de Dios nos muestra la verdad, con el fin de que podamos librarnos de las ataduras y sobrecargas de este mundo.

Somos enseñados por el Espíritu cuando entregamos toda nuestra vida a Él, meditando a diario en la Palabra de Dios. Él nos muestra cómo aplicar las Escrituras a nuestra vida y nos guía en el camino de la verdad. Proverbios 3:5-6 dice: *“Confía en el Señor de todo corazón, y no en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él allanará tus sendas”*. Debemos confiar y apoyarnos en las enseñanzas del Espíritu Santo. Reconocer Su cercanía en nuestras vidas y el poder para abrir nuestro entendimiento y conducirnos a toda verdad: *“Todos ustedes, en cambio, han recibido unción del Santo, de manera que conocen la verdad”* (1 Jn. 2:20); *“Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie”* (Stgo. 1:5).



### c. La guía del Espíritu Santo

Como hijos de Dios podemos tener una relación con la persona del Espíritu Santo, pues Él interactúa y se comunica con nosotros cada día de nuestra nueva vida. Precisamente, este es uno de sus propósitos: acompañar a los hijos de Dios en los distintos momentos de su vida, con el fin de que procuren seguir la voluntad divina. Esta es la guía del Espíritu Santo. Juan 16:13 dice: *“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que habrán de venir”*.

El Espíritu Santo mora en nosotros con el fin de guiarnos en nuestra vida, sin embargo, esto no significa que nos empujará, nos cargará, o algo por el estilo. La palabra “guiarnos” en este pasaje significa “ir adelante”. Por lo tanto, es nuestra tarea seguir al Espíritu Santo, quien va delante de nosotros. Si nos desviamos, entonces seremos responsables de haber perdido el rumbo. Tampoco está con nosotros para manipularnos, sino para darnos una conciencia regenerada como hijos de Dios. Sin embargo, ¿adónde nos guía? Según el pasaje de Juan: *“a toda la verdad”*. La palabra para “verdad” es *aledseia*, que significa ‘verdad’, ‘realidad’, ‘rectitud’, ‘fidelidad’. Su tarea no es guiarnos hacia nuestros sueños personales o caprichos, sino hacia la verdad, es decir, hacia Jesucristo. Dicho de otra manera, nos guiará por el camino hacia la verdad, para que podamos vivir como el Señor Jesús y cumplir la voluntad de Dios: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”* (Jn. 14:6).

El Espíritu de Dios nos acerca a Jesús y a sus valores: rectitud, fidelidad y veracidad.

También dice que no hablará por su propia cuenta. En primer lugar, el Espíritu Santo nos habla. Es necesario entonces que tengamos buenos oídos espirituales para escuchar su dirección. En segundo lugar, nada de lo que diga el Espíritu Santo será contrario a las afirmaciones del Hijo y el Padre, pues está en relación íntima con ellos.

También nos dice que nos hará saber lo que ha de venir. Algo que reveló al propio Juan en el libro de Apocalipsis y a otros discípulos en las cartas del Nuevo Testamento. En este sentido, el Espíritu Santo ya habló respecto al futuro. No obstante, puede advertirnos respecto a situaciones futuras inmediatas, con el fin de cuidarnos, beneficiar a otros o a nosotros mismos.

Podemos decir que el Espíritu Santo nos guía hacia nuestra casa celestial.

Pero ¿cómo nos guía? A través del testimonio de Jesús. Jesús dijo en Juan 15:26: *“Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí”*. Él nos dirá qué cosas vienen de Dios y qué cosas no; cuáles son acordes a los valores de Cristo, y cuáles no. De esa forma evitaremos caer en el engaño: *“Muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos”* (Mt. 24:11).



Pablo dijo en 1 Tesalonicenses 5:19-21: *“No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo y retened lo bueno”*. No debemos menospreciar la guía del Espíritu, aceptando aquello que no es bueno. Debemos examinarlo todo con una actitud correcta. El Espíritu nos guía para darnos el testimonio de Jesús con el fin de que no seamos engañados.

Además, el Espíritu Santo nos enseña lo que no sabemos. Los discípulos de Jesús no habían podido comprender todos los aspectos de la doctrina, de la obra de Cristo y de la redención hasta que el Espíritu de Dios les enseñó su significado. Jesús dijo en Juan 16:12: *“Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar”*.

Por ende, el Espíritu Santo nos ayuda a comprender lo que no somos capaces de entender. Tampoco somos capaces de comprender las verdades eternas de la Palabra de Dios sin Su guía.

Su tarea es desarrollar en nosotros la plenitud divina, pero para eso debemos ser eternos aprendices delante de Él.

El Espíritu Santo también nos recuerda lo que hemos olvidado. Aunque muchas veces la información está en nuestra mente, nuestra memoria nos juega una mala pasada. Entonces, el Espíritu de Dios nos trae al presente las palabras que escuchamos en algún momento de nuestro pasado. Sobre todo, debemos tener presente que nos recordará lo que Jesús ya nos ha enseñado, al igual que ocurrió con sus discípulos. Si guardamos la Palabra de Dios, el Espíritu nos la recordará en el momento indicado. Para eso debemos estudiar las palabras de Jesús en la Biblia y todo el resto de la Palabra de Dios.

#### **d. El consuelo del Espíritu Santo**

Jesús ha ascendido a los cielos y hoy está sentado a la diestra de Dios, sin embargo, ha puesto a nuestra disposición al Espíritu Santo, con el propósito de que contemos con el poder y el consuelo necesario en tiempos de sufrimiento. Jesucristo ha obtenido la victoria en la cruz, y también nos hace victoriosos antes las diversidades, a través del consuelo del Espíritu Santo.

Luego de la ascensión del Señor, los discípulos volvieron a Jerusalén para esperar la promesa del Padre, el Espíritu Santo: *“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto”* (Lc. 24:49).

Jesús consoló a sus discípulos cuando les dijo que el Padre les daría *“... otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros”* (Jn. 14:16-18).

Atendamos a la frase *“No los dejaré huérfanos”*. Jesús les aseguró que no estarían solos, por lo tanto, no debían temer. Él les proveería de otro Consolador. Es más, la venida del Consolador sería muy



beneficiosa para ellos: *“Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”* (Jn. 16:5-7).

La palabra griega traducida como “consolador” o “confortador” es *parakletos*, aunque también puede significar ‘el que intercede por otro’, como en 1 Juan 2:1: *“Mis queridos hijos, escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor [parakletos], a Jesucristo, el Justo”*. La forma verbal es *parakaleo*, traducida en algunas versiones como “suplicar”, “consolar”, “desear”, “exhortar”, “suplicar” y “orar”. Una tercera forma es el sustantivo *paraklesis*, traducido como “consolación”, “exhortación”, “consuelo” o “ruego”.

De manera literal, *parakletos* significa ‘uno que es llamado a su lado’ o ‘en ayuda de uno’.

Gracias a nuestra unión con Jesucristo podemos, por medio del Espíritu Santo, salir victoriosos a pesar del miedo y la desesperación. Las luchas en nuestra vida son abordadas desde la base de la victoria de Cristo por nosotros. Es este mismo Espíritu victorioso el que habita en nosotros.

Como pueblo de Dios, debemos aprender a vivir en la plenitud del Espíritu Santo.

Ninguna angustia es demasiado grande para el poder de Dios que llena de consuelo nuestras vidas: *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación”* (2 Co. 1:3-5).

### **e. La paz del Espíritu Santo**

Mateo 8:23-27 cuenta una de las historias más emocionantes de la Biblia: *“Jesús subió a la barca, y sus discípulos lo acompañaron. En esto se desató sobre el lago una tormenta tan fuerte que las olas cubrían la barca. Pero Jesús se había dormido. Entonces sus discípulos fueron a despertarlo, diciéndole: —¡Señor, sálvanos! ¡Nos estamos hundiendo! Él les contestó: —¿Por qué tanto miedo? ¡Qué poca fe tienen ustedes! Dicho esto, se levantó y dio una orden al viento y al mar, y todo quedó completamente tranquilo. Ellos, admirados, se preguntaban: —¿Pues quién será este, que hasta los vientos y el mar lo obedecen?”*

Podemos enojarnos al ver que alguien no reacciona ante una situación de alarma. En esta historia, los discípulos estaban desesperados, pues creían que iban a morir. Se enojaron al ver que Jesús dormía plácidamente.



Sin embargo, ante la reprimenda de los discípulos, Jesús respondió de una forma particular: “*¿Por qué tanto miedo? ¡Qué poca fe tienen ustedes!*”.

El Espíritu Santo nos convence de que podemos poner nuestra confianza en el Señor por medio de la fe. La presencia de Dios está con nosotros en cada momento de nuestras vidas en la persona del Espíritu Santo, quien nos une a Cristo.

La palabra “paz” no solo significa ausencia de guerra o de conflictos, sino que hace referencia a la serenidad que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones a todos aquellos que han depositado su fe en Jesucristo: “*Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*” (Fil. 4:7).

La paz es un fruto del Espíritu Santo. Es la profunda convicción de que Dios tiene un absoluto control sobre todas las cosas. El rey David pasaba por tiempos de necesidad, pero podía dormir tranquilo gracias a la confianza que tenía en su Dios: “*Tú diste alegría a mi corazón, mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto. En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado*” (Sal. 4:7-8).

Cada uno de nosotros lucha contra el gran enemigo de la paz: la preocupación. Pablo nos invita a depositar toda esa ansiedad en el Señor, reconociendo que Él está a nuestro cuidado: “*Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*”. (Fil. 4.6).

Nuestro Señor nos ha dejado la verdadera paz, a la cual podemos acudir por medio del Espíritu Santo, quitando el temor y la ansiedad de nuestras vidas, o venciendo a pesar de ellas: “*La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo*” (Jn. 14:27).

## **f. La intercesión del Espíritu Santo**

Podemos experimentar la obra del Espíritu Santo cuando oramos. Es en los momentos de oración cuando interactuamos con la Trinidad: Jesús es el Sumo Sacerdote que nos brinda el camino hacia el Padre, y el Espíritu Santo es quien nos ayuda en nuestra debilidad: “*De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos*” (Ro. 8:26-27).

El Espíritu no solo nos acerca a Dios, sino que además ora por nosotros. “Interceder” significa “actuar en nombre de otra persona”. El Espíritu hace esto por nosotros cada vez que oramos.





Podemos encontrar en Romanos 8, seis razones por las cuales el Espíritu Santo ora por nosotros.

En primer lugar, el Espíritu Santo ora por nosotros porque somos débiles: *“De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”* (v. 26). Nuestra condición de debilidad se expresa en cada momento de nuestra vida: cuando dormimos, cuando nos emocionamos o cuando simplemente estamos agotados por el cansancio. El Espíritu Santo nos da las fuerzas suficientes para orar.

En segundo lugar, el Espíritu Santo ora por nosotros porque nos falta sabiduría: *“... pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos...”* (v. 26). El Espíritu camina a nuestro lado y susurra la sabiduría que necesitamos.

En tercer lugar, el Espíritu Santo ora por nosotros porque es misericordioso: *“Por lo tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús”* (v. 1). Aunque el enemigo intente convencernos de que no somos dignos, el Espíritu nos llena de gracia y misericordia, y nos recuerda que podemos orar al Padre gracias a la obra de Cristo a nuestro favor, la cual nos justifica.

En cuarto lugar, el Espíritu Santo ora por nosotros porque posee una conexión con el Padre inalcanzable para el ser humano. Como parte de la Trinidad, su conexión con las otras dos personas divinas va más allá de lo que podemos imaginar. Nada puede separarnos del Padre, pues el Espíritu es ese vínculo.

En quinto lugar, el Espíritu Santo ora por nosotros porque conoce la voluntad de Dios: *“Y el que busca en nuestros corazones conoce la mente del Espíritu, porque el Espíritu intercede por el pueblo de Dios de acuerdo con la voluntad de Dios”* (v. 27). ¿Quién mejor para saber cuál es la voluntad de Dios para nuestras vidas que la tercera persona de la Trinidad?

En sexto lugar, el Espíritu Santo ora por nosotros porque nos ama: *“Porque estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni el presente ni el futuro, ni los poderes, ni la altura ni la profundidad, ni ninguna otra cosa en toda la creación, podrán separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, nuestro Señor”* (vv. 38 y 39). El Espíritu siempre nos amará y nada puede separarnos de su amor. Es con este amor que el Espíritu le habla al Padre en nuestro nombre. Parte de su ministerio es orar por nosotros.

Debemos recordar que no oramos solos. Dios Espíritu Santo está con nosotros, intercediendo por nuestras vidas.